

cie humana, el de que una gran nacion arroja se lejos de sí el yugo de todo principio religioso y desdeñase sin embargo la omnipotencia del mismo cielo, y de que, de en medio de la confusion que ocasionara el desencadenamiento de las pasiones, se exhalase un grito reconociendo al Ser Supremo y la inmortalidad del alma. No parece sino que permitió la Providencia que la perversidad humana se descocase hasta llegar á su extremo límite, para que, en medio del espantoso espectáculo que ocasionara, quedase demostrada la necesidad de las creencias religiosas y se palpase el poder que su influjo moral egerce. En vano fué el empeño que tomó una generacion impia por establecer la fria doctrina del materialismo; en vano adquirieron todo su desarrollo sus principios; entronizóse la anarquía á la cual necesariamente conduce, y en medio de las calamidades que causó volviósese el hombre á la recta senda de que se estraviara en una época de ventura.

No es menos digno de consideracion el discurso de que tratamos, en cuanto á que patentiza el fanatismo que reinaba en aquel periodo extraordinario, y porque manifiesta la manera en que, durante las convulsiones revolucionarias, se hace uso de las mas puras y benévolas palabras para cohonestar los mas atroces actos. Si fijáis la atencion en los hechos de Robespierre, se os presentará como el mas sanguinario tirano de cuantos hayan afijido á la tierra; si reflexionais en sus palabras, os parecerán solo dicta-

das por los sentimientos mas nobles y mas puros. Nada existe en esta combinacion de imposible; la historia del mundo abunda en ejemplos de este género, la naturaleza misma del fanatismo, ora sea religioso, ora político, es la que los produce. La Inquisicion de España, los autos de fé de Castilla, procedieron de los mismos principios que las ejecuciones diarias del tirano frances. Precisamente porque conducen á tan terribles resultados por caminos floridos y halagüenos, es porque son tan peligrosas las revoluciones; precisamente porque la ruina que acarrear es irreparable, es por lo que los seductores de las naciones estan condenados por la inexorable justicia, á sufrir la propia infamia que los que traicionan á los individuos. (1)

Dos malogradas tentativas que se hicieron para asesinar al tirano, contribuyeron á aumentar, como ordinariamente acontece, su influencia. El autor de la primera fué un hombre oscuro, pero intrépido, llamado D'Admiral, que tomó sus medidas por dar muerte á Collot d'Herbois; la segunda meditóla una jóven que tenia por nombre Cecilia Renaud. Cuando compareció D'Amiral ante sus jueces, confesó sin rodeos que su intencion habia sido

Malograda tentativa para asesinar á Robespierre y Collot d'Herbois.

(1) Podríamos hacer algunas reflexiones sobre el juicio formado por el Sr. Alison acerca del discurso de Robespierre; pero nos contentaremos con manifestar, que no estamos enteramente de acuerdo con las ideas omitidas en este punto por el ilustre historiador.

(Nota de los traductores.)



la de asesinar primero á Robespierre y después á Collot d'Herbois. Habiéndosele instado á que dijese quién le habia inducido á cometer semejante crimen, contestó con firmeza: "Que lo que habia meditado hacer, ni era un crimen, y que solo habia deseado prestar un servicio á su patria, que habia concebido su proyecto sin necesidad de las sugerencias de nadie, y que lo único que sentia era que se hubiese frustrado." La segunda se dirigió á la casa de Robespierre, y rogó con las mayores instancias que se le permitiese verle. El empeño que manifestaba, inspiró sospechas á los sirvientes del visitado, y la prendieron. Dos cuchillos que se encontraron en su lio, comprobaron evidentemente el objeto que la habia guiado. Habiéndosela preguntado con qué fin habia deseado ver á Robespierre, contestó "Quería ver cómo es un tirano. Confieso que soy realista, porque prefiero á 50 mil reyes, uno solo." Desplegó en el cadalso la entereza de Carlota Corday; todos sus deudos, que eran 60 individuos, corrieron su suerte; [1] entre ellos habia cierto número de jóvenes que en aquella sazón se hallaban combatiendo en la frontera, en defensa de su patria.

Entretanto, preparaba la Convención una magnífica solemnidad en honor del Ser Supremo. Dos dias antes que se celebrase, Robespierre fué nombrado presidente y concediéronsele, en la enun-

(1) Mig., 322. Lac., II, 162, 163. Th., VI, 321, 323 326.

ciada festividad las funciones de sumo pontífice. Caminaba á quince piés de distancia, adelante de sus colegas, vestido con un brillante trage, y llevando flores y frutas en sus manos. La allocucion que dirigió al pueblo, fué á la vez nerviosa y elocuente; los nobles sentimientos que contenia, reanimaron esperanzas que por mucho tiempo yacieran amortecidas en los pechos; empero todas se desvanecieron al concluir el orador con estas palabras: "¡Pueblo! abandonémos hoy al enagenamiento de una felicidad pura; mañana, con mayor energía, combatiremos al vicio y los tiranos." Las ceremonias de la festividad, de las cuales se encargó el pintor David, fueron en extremo magníficas. Elevóse un anfiteatro en los jardines de las Tullerías, frente al cual habia estatuas, representando el Ateísmo, la Discordia y el Orgullo, que debian ser quemadas por las manos de Robespierre. Comenzóse la funcion con una hermosa música, y el presidente, despues de haber pronunciado un elocuente discurso, tomó una tea y aplicó el fuego á las efigies que en breve fueron consumidas. Cuando se hubo disipado el humo, percibióse en lugar de aquellas figuras la estatua de la Sabiduría, pero observóse que estaba ennegrecida por el humo de las que acababa de devorar el fuego. De allí dirigióse la comitiva al campo de Marte, donde se entonaron canciones patrióticas, prestaron juramento los jóvenes y se tributaron homenajes al Ser Supremo [1].

[1] Th., VI, 340, 342. Mig., II, 322.



Hallándose ya la junta de seguridad pública en reconocida posesion de la autoridad suprema, ofreciéronla los aduladores que tenia en la Convencion y en el club de los jacobinos, las divisas de la soberanía; pero la junta fué bastante perspicaz para percibir que no estaba aun bastante preparado el pueblo para esta imitacion, y que la aparicion de guardias ó de un trono podría hacer venir por tierra un poder sobre el cual no habian atraido censura las 500,000 víctimas que estaban en las cárceles. “Los miembros de la junta,” dijo Couthon, “no tienen el mas leve deseo de asemejarse á los déspotas; ninguna necesidad tienen de guardias para su defensa; sus virtudes, el amor del pueblo y la Providencia escudan su vida, y toda otra proteccion les es inútil. Cuando llegare la ocasion sabrán perecer en sus puestos en defensa de la libertad” [1].

Las sanguinarias intenciones que habia anunciado Robespierre, fueron llevadas á cabo, con eficacia suma, el dia siguiente al de la festividad del Ser Supremo, en virtud del decreto que á mocion de Couthon quedó aprobado el 22 Prairial. Por medio de esta ley sanguinaria arrebatóse á los acusados toda fórmula; todo privilegio y toda defensa fundada en uso, que en alguna manera les amparase. “Cualquiera moratoria,” dijo Couthon, que pueda pade-

Julio 9. 1794. Facultades adicionales que se conferen al tribunal revolucionario.

[1] Tb., VI, 329.

cer la justicia, es un crimen; el tiempo que transcurra en aplicar el castigo á los enemigos de la patria, no debe ser mas que el necesario para la identidad de sus personas.” Quitóse á los presos el derecho de pedir un exámen individual y de nombrar sus defensores. Ademas de aquellos delitos que se juzgaron dignos de muerte, en virtud de leyes anteriormente promulgadas, díjose que lo eran “todos aquellos individuos que hubiesen apoyado los proyectos de los enemigos de la Francia, fuese favoreciendo á los aristócratas y conspiradores, ó libertándoles del castigo, fuese persiguiendo y calumniando á los patriotas, fuese corrompiendo á los mandatarios del pueblo, fuese profanando los principios de la revolucion, de las leyes ó del gobierno, haciendo de ellas falsas ó pérfidas aplicaciones, fuese engañando á los representantes del pueblo difundiendo el desaliento ó espareciendo noticias falsas, ó fuese, en fin, estraviando al público por medio de una instruccion torcida ó un depravado ejemplo.” Las pruebas que eran necesarias para que pudiese quedar el acusado convicto de esta larga série de delitos, era “Cualquier comprobante material, moral, verbal ó por escrito, que pudiese dejar convencida á cualquiera persona de juicio.” Dividióse al tribunal revolucionario en cuatro tribunales separados, cada uno de los cuales poseia las mismas facultades que el original, y se nombró un acusador público y el suficiente número de jue-



ces y jurados para que se pudiese operar con celeridad la obra de esterminio [1].

No obstante la ciega obediencia á que habia llegado la Convencion á acostumbrarse, sobrecogieron de terror sus miembros á la presentacion de este proyecto. "Si semejante ley se promulga," dijo Ruamps, "ningun otro recurso nos queda que el de volarnos la tapa de los sesos." Robespierre, alarmado por la agitacion que reinaba, subió á la tribuna. "Mucho tiempo hace," dijo, "que la asamblea discute y resuelve en el mismo dia las cuestiones que se le presentan, porque tambien hace mucho tiempo que se la ha libertado del dominio de las facciones. Yo pido que en vez de dar oidos á la proposicion sobre que se difiera para otra sesion el debate, permanezcamos en nuestros asientos hasta las ocho de la noche si es posible, discutiendo el proyecto de ley que se ha presentado á la asamblea." La Convencion flaqueó, y al cabo de 30 minutos aprobóse *por unanimidad* el decreto [1].

El dia siguiente, algunos miembros, secuaces los unos del antiguo partido de Danton, se empeñaron en invalidar este sanguinario decreto. Bourdon de l'Oise propuso que se proveyese á la seguridad de los miembros de la Convencion por medio de una ley especial. Apoyóle con

(1) Lac, II, 160, 161. Th., VI, 346, 347. Mig., II, 323.

(2) Mig., II, 324, Th., VI, 349.

destreza Mérlin, y pareció inclinada la legislatura á adoptar esta proposicion. Couthon atacó á la Montaña, de la cual emanaba la oposicion á lo que parecia. Bourdon contestó, "sepan los miembros de la Junta, que si ellos son patriotas, igualmente lo somos nosotros. Aprecio á Couthon y á la Junta, pero mas que todo, aprecio á la invencible Montaña que ha salvado á la libertad pública." "La Convencion, la Junta y la Montaña," dijo Robespierre, son una cosa misma. Cada representante que ame la libertad, cada representante que esté resuelto á morir por su patria, forma parte de la Montaña. ¡Desdichados de aquellos que quieren asesinar al pueblo, permitiendo que unos cuantos intrigantes miserables dividan á los patriotas con el intento de elevarse ellos sobre la ruina pública!" El tono imperioso de Robespierre, y las amenazas de sus colegas aterraron de nuevo á la asamblea, y aprobóse el proyecto de ley. la ley sin la cláusula salvadora que propusiera Bourdon de l'Oise. De suerte que desde entonces, cada uno de los miembros de la Convencion quedó á la disposicion de los dictadores, y el espectáculo que presentaban las cincuenta víctimas que diariamente marchaban al cadalso, era suficiente para abatir ánimos mas firmes de lo que lo eran los de los representantes. [1]

(1) Mig., II, 325. Loc., II, 170. Th., VI, 350.—353. Hist. de la Conv., III, 367.



Armado el tribunal revolucionario con esta gran suma de poder, prosiguiéronse las proscripciones, durante los dos meses que se siguieron, con mucha mayor vehemencia. Era prodijiosa la autoridad de Robespierre, y empléabala con energía tal, que nada existe en la historia de la Europa moderna, á lo cual pueda compararse. El principio dominante de su gobierno era el de esterminar ambas aristocracias, la de la sangre y la del talento [1]. Esta era la base con la cual su poder se apoyaba, y la masa del pueblo sostenia con ardor un gobierno que con rapidez tal vez iba destruyendo á cuantos seres ocupaban una esfera superior á la suya, ó que en capacidad la escedian. Cada cual conocia que su consideración aumentaria, y que mejoraria su suerte con el esterminio de sus mas afortunados rivales. Robespierre, al paso que se mostraba inexorable para con los gefes ó miembros de partido, manifestábase cuidadoso del bienestar de las masas del pueblo; y las clases ínfimas, que en todos tiempos encontraron una satisfaccion secreta en la humillacion de sus superiores, contemplaban con júbilo el rayo que vibraba sobre sus cabezas sin herirles, esterminando á todos aquellos de sus contrarios á quienes en su tránsito encontraba. Toda la fuerza física de la República, que ordinariamente procede de las clases trabajadoras, encontrábase, de este modo, consagrada á

Medios de que se hacia uso para atraerse el apoyo del pueblo.

(1) Memorias de Brissot, II, 22.

la voluntad de Robespierre. La fuerza armada de Paris, que mandaba Henriot, y que se componia de lo mas bajo de la plebe, hallábase á sus órdenes; el club jacobino que habia sido purificado de sus dañados miembros y organizado con arreglo á sus prescripciones, estaba dispuesto á coadyuvar á todos sus proyectos; el tribunal revolucionario acataba ciegamente sus mandatos, y la municipalidad, con Henriot á su cabeza, era un dócil instrumento de sus caprichos. La actividad de las sociedades jacobinas y la general uniformidad de intereses hacia que este estado de cosas fuese el mismo en cada departamento de Francia. Por todas partes consideraban las clases ínfimas á Robespierre identificado con la Revolucion y cifraban en su persona todos los proyectos de engrandecimiento que se agitaban en sus ánimos, de suerte que nadie quedaba que contestase á Robespierre su poder, sino los restos de los adictos á la constitucion y los del partido girondino, que aun vegetaban en la asamblea (1).

Presentóse con mas insolencia al poder, y desplegó mayor crueldad la venganza revolucionaria, en las provincias, que en la capital misma. Los disturbios que habian asomado en la frontera septentrional dieron origen á que se enviase con una mision especial hácia aquel rumbo á un monstruo llamado Lebon, á quien invistió con

Crueldades cometidas en las provincias. Lebon en Aras.

(1) Mign., II, 326, 327.



plenos poderes el gobierno. Su aparición en los departamentos de aquella demarcacion, podria solo compararse á la de aquellas horrosas furias que tanto terror inspiraban en las épocas del paganismo. Mas de dos mil personas que habian conducido á la ciudad de Arras, de los departamentos inmediatos, perecieron por sus órdenes, á los filos de la guillotina. Uniendo la falsía y la seduccion á la opresion mas sanguinaria, sirvióse de la despótica autotidad que se le confriera, para satisfacer sus pasiones. Despues de haber deshonrado á la muger de un noble que se habia prestado á sus caricias con el fin de salvar la vida á su marido, hizo dar muerte á éste en presencia de su sacrificada consorte; género de traicion, dice Prudhomme, tan comun en aquellos tiempos, que á cada paso se presentaban ejemplos de ella. Seducia á los hijos para que sirviesen de espías cerca de los padres; y fué tan contagioso el ejemplo de su crueldad, que la diversion favorita de esta infantil gavilla era la de erigirse en verdugos de las aves y de cuadrúpedos pequeños, dándoles muerte con pequeñas guillotinas que se habian mandado hacer para su uso [1].

(1) Th., 376, 377. Prudhomme, Víctimas de la Revolucion, II, 274. Chateaubriand, Est, hist., I, 102, Prefacio.

Un hecho curioso y que demuestra evidentemente la marcha de las Revoluciones, es el de que este monstruo en figura humana se mostró humano y apacible en los primeros dias de su gobierno, y que no fué sino

La carrera de Carrier en Nantés, donde se debia descargar toda la venganza popular sobre los realistas de las provincias occidentales, fué mas sanguinaria todavía. Quinientos niños de ambos sexos, el mayor de los cuales no habia cumplido catorce años de edad; fueron conducidos á la vez á un mismo punto, para ser fusilados. Jamas se presenció espectáculo que mas conmisceracion inspirase. La pequeñez de sus estaturas ocasionaba que las mas de las balas pasasen por encima de sus cabezas á la primera descarga que se les disparaba; rompieron las cuerdas con que se les atára, precipitáronse á las filas de sus verdugos, se colgaron de sus rodillas, y con agustiadlos semblantes impetraban perdon; pero nada bastó para conmover á aquellos asesinos: diéronles muerte á pesar de tenerles postrados á sus piés. Un gran número de mugeres, las mas de ellas en cinta, y muchas otras con niños á sus pechos, fueron conducidas á bordo de los esquifes del Loira. Las caricias y sonrisas de aquellos inocentes, llenaban los corazones de las madres de indecible angustia; comprimianles afectuosamente contra su seno y llo-

---

despues que hubo recibido reitiradas órdenes de Robespierre, en las cuales le indicaba que le mandaria encerrar en una torre si no les daba cumplimiento, cuando dió principio á sus atrocidades. Ningun hombre que no esté seguro de poseer una firmeza de ánimo á toda prueba, puede decir que no habria hecho lo mismo en idénticas circunstancias.—DUQUESA DE ABBANTES, VII, 213, 214.



rábanlos por la vez postrera. Una de ellas en cinta dió á luz un niño en el muelle; apenas la hubieron pasado los dolores del parto cuando se la impelió con el recién nacido á la galera.

Después de haberlas desnudado, se las ató las manos á la espalda; sus gemidos y lamentos contestáronse con sablazos, y mientras sobrecogidas de terror y vergüenza procuraban ocultar su desnudez de los ojos de sus verdugos, dióse la señal, desfondáronse las embarcaciones y las llorosas víctimas quedaron para siempre sepultadas bajo las ondas (1).

En vista de estas atrocidades podriase juzgar que era imposible que la crueldad humana las superase; sin embargo, escediólas Lebon en Burdeos. Acusóse ante él á una muger por haber llorado por la ejecucion de su marido; condenósele, en medio de los aplausos de la muchedumbre, á estar sentada por espacio de muchas horas debajo de la cuchilla del patíbulo, de la cual caia gota á gota, sobre su cuerpo, la sangre del cadáver que se conservaba en el cadalso; la muerte libró al fin á la muger de la cruel angustia que sentia (2).

Uno de los rasgos mas extraordinarios que se notaran en aquellas épocas terribles, fué la apatía con que se condujeron las clases acomodadas de

Indiferencia general que se observó en la clase de propietarios.

(1) Prudhomme II, 27. Chateaub., *Estud. hist.*, I, 402.

[2] Louvet, 123.

la sociedad, tanto en Paris como en las provincias, y la general disposicion en que se hallaban á disipar la agitacion de espíritu encenagándose en los placeres. La parte de las poblaciones que se habia libertado de la muerte concurría á las óperas diariamente, con la misma indiferencia cuando habian marchado al cadalso treinta víctimas, que cuando habian sido inmoladas ciento. Nada habia que pudiese inducir á los propietarios de Burdeos, Marsella y demas principales ciudades de Francia, no obstante sus temores y su zozobra, á abandonar sus hogares en momentos en que los fogosos, desalmados é infatigables jacobinos sumerjian sin piedad la cuchilla en las entrañas de la patria. Por todas partes sostenian su tiranía las tropas. La idea de saquear almacenes, forzar mugeres y vaciar arcas, les hacia en toda la estension del país guardar fidelidad al gobierno. "Cuando en un país, al cual todos juzgábamos á punto de regenerarse," dice Louvet, "se mostraban por todas partes tan amedrentados los propietarios y tan audaces los perversos, vino á los ojos que todas esas reuniones de individuos á quienes en cierto tiempo dimos algunos necios como yo la pomposa denominación de el pueblo, no son en realidad sino imbéciles manadas de carneros á los cuales se hace todavía demasiado favor con permitirseles que se arrastren bajo el yugo de un amo despótico" [1].

(1) Louvet, 124, 125. Mercier, *Paint. de Paris.*



El intrépido y generoso defensor de Luis XVI, Malesherbes, tenía un carácter demasiado puro para escaparse de la destructora cuchilla. Algun tiempo hacia que vivía en el campo en el mas completo aislamiento; un jóven á quien se acusara de ser emigrado y que habia estado oculto en su casa, prestó un pretesto para la prision del venerable anciano y de todos los miembros de su familia. Cuando llegó á su cárcel, todos los reclusos se pusieron en pié, agrupáronse en derredor de él y le trajeron un asiento. "Os agradezco," dijoles "el respeto con que tratais á mis canas, pero percibo entre vosotros á otro que está mas débil que yo; dad á él mi asiento." Condújosele ante el tribunal revolucionario en compañía de toda su familia, y hasta los sanguinarios jueces que lo componian apartaron sus ojos de aquel lastimoso espectáculo. Todos fueron sentenciados á un tiempo. La hija de Malesherbes, la señorita de Rosambo, al subir al carro fatal percibió á la señorita Sombreuil que con heróico valor habia salvado á su padre el 2 de Setiembre, pero que despues habia sido como él encarcelada. Arrojándose á sus brazos exclamó: "Vos tuvisteis la fortuna de salvar á vuestro padre, y yo voy á tener la gloria de morir en compañía del mio (1)."

Madama Isabel, hermana de Luis XVI, fué la

(1) Lav, II, 147, 157.

siguiente víctima inmolada. Cuando compareció ante el tribunal revolucionario observóse en los jueces una impaciencia suma porque se pronunciase su sentencia. La princesa manifestó, durante su interrogatorio, la misma extrema moderacion y la propia inalterable calma que desplegaran el monarca y la reina en idéntica circunstancia; sus respuestas, que eran claras, distintas y de todo punto verídicas, no dieron lugar á sospechas ni equívocos. Habiéndosela acusado de haber auxiliado á algunos hombres de los que fueron heridos en los Campos Elíseos, á consecuencia de la seducción, contestó: "La sola humanidad fué la que me impelió á curar sus heridas; no creí deber averiguar cuál era el origen de sus padecimientos para saber si era ó no de mi obligacion mitigarlos. Jamas ví en esta accion un mérito, pero tampoco veo en qué pueda calificarse de crimen." "Confesad al menos; djóla el presidente, "qué habeis alimentado en el jóven Capeto, la esperanza de que volvia á ocupar el tronó de su padre." "Habíame consagrado," contestó la princesa, "al cuidado de ese niño, que me era tanto mas querido cuanto que habia perdido á los autores de su existencia." Habiéndosela acusado de complicidad con el tirano, "si mi hermano hubiese merecido semejante título," dijo. "ni vosotros ni yo guardaríamos la condicion en que nos hallamos." Fué al fin condenada á muerte en union de otras muchas personas de ilustre clase y es-